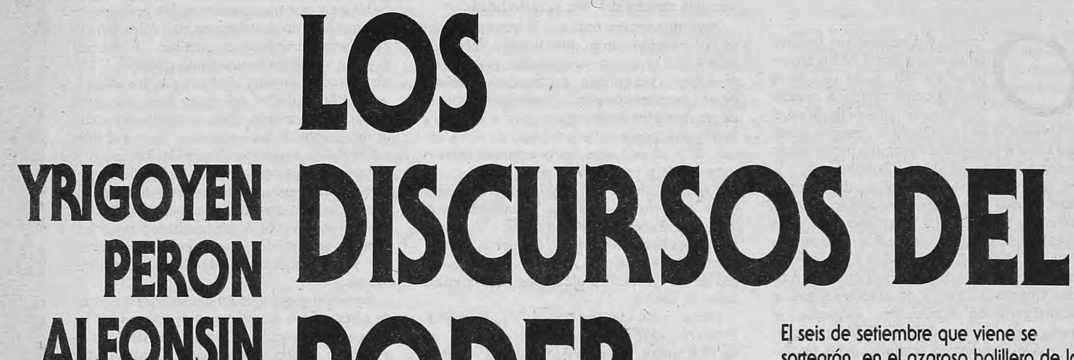
CULTURAS
Página/12

YRIGOYEN PERON ALFONSIN

LOS DISCURSOS DEL PODER



El seis de setiembre que viene se sortearán, en el azaroso bolillero de las urnas, los hombres que gobernarán la provincia de Buenos Aires, primer estado del país. La enconada expectativa que los partidos políticos alientan hasta esa fecha, está justificada por la historia: ese resultado, aparentemente parcial, condicionará las próximas elecciones para presidente de la República y el destino de la Argentina.

En la provincia de Buenos Aires se forjaron tres hombres que, en lo que va del siglo, produjeron los discursos más originales, discutidos, vituperados y exaltados de la política nacional. Con esos discursos y sus respectivos estilos se identificaron en tres momentos decisivos las grandes mayorías populares.

Página/12 presenta, en las páginas que siguen, diversos abordajes a esas figuras y a la forma de operar de sus ideologías. **David Viñas** marca la fisura cultural y política que el ademán austero de Yrigoyen trazó con respecto a la generación del '80. **Norberto Soares** expone algunas de las paradojas de ese misterioso "Peludo" que admitió las represiones de la Semana Trágica y la Patagonia. **Alejandro Horowicz** –autor de *Los cuatro peronismos*–, trabaja sobre los reflejos de la palabra de Perón en estos días preelectorales, y **Dalmiro Sáenz** retrata a un caudillo justicialista propio, entrañable. **Juan Carlos Godio** –sociólogo laboral, autor, entre otros ensayos, de *La semana trágica*–, gira en torno a la eficacia pre y post electoral del discurso de Alfonsín, en el hecho de que sea el primer presidente que les dice a los argentinos que el país está en crisis desde tiempos precisamente fechados y en la generación de nuevas ideas suscitadas por su discurso. **Miguel Briante**, por su parte, rescata confrontaciones y astucias del Alfonsín rural.

EL YRIGOYENISMO

CUCHICHEO, GRIS Y MEDIANIA

Por David Viñas

Oratoria y dandismo son los atributos más visibles de los arquetipos del '80: hacer uso de la palabra como tribuno o *causeur* (según se la monopolizara en el Parlamento o en el club) es la primera señal: para seducir siempre al trazar un círculo donde predomina la sociabilidad o la política y, a la vez, aludiendo al pacto de complicidad, medios tonos, guiños y paréntesis que apelan al entrenos como territorio del sobreentendido y las genealogías. Se trata, si es posible mirar de más cerca, de la escena, gestualidad y coreografía predilectas de Mansilla, Lucio López, el reticente Goyena o Cané. Y de su retórica que, al encabalgarse en digresiones, suspensos y amantes, prejuicios o enfermedades compartidas, suele *cautivar* en reminiscencias tardías del Desierto o, quizás de Curupaití. Esto es, convertir al auditorio restringido en una colección de ''cautivos'' del manejo de mi cuerpo, el monóculo, alguna cita de un Racine secreto prolijamente escandido o de varios médanos en la otra vertiente del Leubucó.

Ahora bien, si la circularidad ''viril'' de la *causerie* se celebra en el campo después de una retreta, las alusiones a cierta china sumisa y exigente, o aturdidos por el bandoneón de un negro a medias tartamudo o federal, aquel jadeo se distiende en fogón: allí, del otro lado, están los ''aparecidos''; y sobre la propia piel, el miedo fascinante que brota de un grupo entre el peligro o algún pajonal. La *causerie* de los señores del '80 se desliza, así, hacia Sherlock Holmes: en penúltima lectura, las calles de Londres o los guadales de Lauquén, desiertas y entre neblina, producen efectos narrativos más parecidos de lo que se podría suponer. Y con o sin espejos múltiples, de cómo me ven o de cómo quisiera ser mirado, sobreimprimiendo un omelet del *Maxim's* a los avestruces de Catriló, Sara Bernhardt a la lenguaraza Carmen, alguna capa roja y argelina con la glotonería de dormans, nalgas, fusiles de repetición y el arroz con leche, se yuxtaponen el crup, Dickens, las trufas, los ponchos calamacos y Estambul que confluyen, vertiginosamente, en la segunda marcha del '80: la teatralidad.

Nada que ver con todo eso Yrigoyen. De ahí su polarización con lo que llamaba ''el Régimen''. No sé si con repugnancia, pero sí con obstinación y estrategia. Y aunque no se trataba de una dieta tan categórica y maniquea como la de *civilización o barbarie*, esa opción, arriba y a la derecha, ponía el Bien del lado de su ''Causa''. Y si alguna inflexión compartida conservaba del '80, era por intermedio de Alem, su tío, que sí exhibía aún requintes, el Progreso (club del), su oratoria que retumbaba en el Parque o Balvanera, y entrañables, confusas amistades hacia Del Valle o Pellegrini, su pistoletazo borró con todo. Es que ni el escepticismo de los *gentlemen* alcanzaba para ironizar sobre la muerte.

Decía, nada que ver con el '80, Yrigoyen. Pese a que su fe de bautismo coincide, casi, con las de Celman, Roca, Wilde –Eduardo– y Paul Groussac. Ni teatralidades de proscenio ni *causerie*, por consiguiente; más bien, todo lo contrario: mesura, casi torpeza o cortedad; ni hablar de divas; de camarines no hay noticia; candilejas, menos; de la Bernhardt ni huellas; y el ''Colón'' –francamente– aburre o escandaliza. Y ese voluminoso autor, Krausse, que según cierto biógrafo, influyó sobre Yrigoyen, además de asceta y alemán, no era mucho más que un Hegel tercermundista. Quizás un precursor. ''Oficio melancólico.'' Y el *teatro* no le interesaba como espacio de juego o seducción, sino como ''sitio de maniobras''. Prusiano (más que un origen, una jerarquía), adversario pero prolijo lector de Moltke y de Clausewitz.

A la no teatralidad de pasarela de Yrigoyen corresponde –después de un punto aparte– vincularla con su público. Estrictamente, con su clientela electoral. Ya se ha enunciado: ''El estilo es el hombre... al que uno se dirige''. O la mujer a la que se quiere fascinar. Mujer/público: él se entiende. De ahí que la austeridad leída en Krausse se superpone en las voces de Yrigoyen con los ademanes de un rechazo; encima de eso que se llamaba ''tomar distancias'': frente al proscenio, optar por bambalinas; no a los focos, para especializarse en lo difuso y entre cajas; en lugar de alzar la barbilla, el cuchicheo. Y en vez de la caligrafía ágil, insidiosa y casi transparente de los *gentlemen*, el retorcimiento de un fraseo más deliberado o arcaizante que se finge enigmático. ''El pueblo es santo y prefiere recursos más piadosos.'' De manera consiguiente, al amortiguar los efectos –o el ''latiguillo''– del típico final de algún discurso distanciarse, como fatigado, del acento inexorable de las esdrújulas. Ante ese lujo tan brillante, mostrarse desabrido. Porque con el sacudón más previsible en las agudas, conviene preferir apenas a las graves. Ahí reside su secreto: con su *gravedad* y su mesura. Pero, en particular, a través de su equidistancia en los acentos: en el medio –asunto mucho más certero– y prolijamente alejado de todos los extremos.

Ecuación posible: si en el canto (otra forma de afectación o de relieve, casi como alzar la voz en la escritura) la crispación de Alem alude a Gabino Ezeiza, no es hacia Gardel la de Yrigoyen: no seduce ni desentona; más bien; en dirección a Magaldi o quizá a Corsini: mano a mano, en confidencia, como quien echa aliento sobre el cristal, después de alzar los flecos de una cortina. ''Doméstica sensualidad, pero eficiente.'' Y si la mayoría de las vehemencias de Almafuerte resultan un eco intimidatorio del patetismo, ciertas convicciones o de los más empecinados fracasos de Alem, al esoterismo de Yrigoyen corresponde vincularlo, mediatamente, con el estilo elusivo o analgésico de Macedonio. Sobre todo, a través de los borroneos melancólicos de alguien que se llamaba Del Mazo, Marcelino, y de elusivas tertulias celebradas entre Alan Kardec, los vegetarianos, Palermo Viejo, y la anarquía. Se trataba, señores, de una cofradía barrial moderadamente comentada entonces: colección de eminencias grises, asesores por edad o ecología, mucho más prudentes que un padrillo o cualquier tenor de Barcelona. Qué bien se entiende, al llegar aquí, que el escenario predilecto y la reivindicación mayor de Yrigoyen fuera el *cuarto oscuro*, ese lugar a medias aula, confesión y mingitorio, tan equívoco en la penumbra entre polvorienta y legalista. Magno ''puntero'' de país, entonces; maestro de una dinastía aparentemente menor pero muy densa, a lo Nosiglia o el primer Rabanal, en Mataderos. Por algo, Borges, hacia 1929, proclamaba a dos *viejos* memorables: al recién venido y al que, sagazmente aún, cultivaba sus mutismos.



De donde pueden inferirse, también, los colores de Yrigoyen: ni la blancura del palmbeach a lo Cané o Mansilla, ni el negro deshilachado de pésame y los atrios. Sobre su cuerpo todo se atenúa, desde las opiniones al relieve y la entrepierna, pasando por las sanciones, saludos, otro plazo, sus rencores, una exhortación o su vivienda. Obvio: ni Barrio Norte ni el suburbio; en Plaza Constitución, calle Brasil, enfrente a lo de ''un fiel correligionario''. O ya en la muerte, Sarmiento casi Carabelas. No a la cultura playera, en consecuencia, que para eso estaba Alvear. ''Ni a la levita tan fúnebre de Alem.''

Gris y grave, entonces. De ahí su parentesco –al abrir el ángulo de toma– con los republicanos españoles como Azaña, Besteiro o Salmerón incluso: o con la *bonhomía*, ''tan francesa'', de Herriot y los alcaldes de Tolón. Así como el espiritismo de sus lecturas susurradas, módicas, lo superponen –menos trágico– como Madero el mexicano. Al fin y al cabo, la palabra de Yrigoyen se agota con Illia: pausado, algo terco, ideólogo no, sino obstinado. Lo que se llama ''un partidario de la moderación''. Es que Illia es la peculiar parodia de Yrigoyen que ejercita, revela con mayor nitidez todo un gestuario y dos maneras: deliberadamente provinciano, al insistir en su apariencia reflexiva prefigura, al mismo tiempo, lo mesurado de sus cautelas y lo inerme de su dignidad y su decoro. Por eso fue el pretexto, treinta años después de Yrigoyen, de varias virtudes anacrónicas y hasta del cinismo de sus adversarios y de su precario destino. Como emblemas, el peludo y la tortuga se definen más que por su espesor, por su *corteza*.

De ahí que los bigotes tan erguidos y filosos de Uriburu no sólo abran la serie que se cierra, por ahora, con la ansiedad engominada de Videla, sino que la mesura y las confidencias de Yrigoyen se hayan convertido en los tonos de una *medianía* fundamental en nuestro país. Como quiso ser la clase media argentina, por lo menos, entre la ley Sáenz Peña y el 6 de setiembre.

UN HOMBRE QUE NUNCA VIO A CHAPLIN

Por Norberto Soares

Cultivó la paradoja hasta convertir esa figura de la retórica en un estilo de vida y una dilatada estrategia política. Manuel Gálvez, que escribió sobre él una biografía tan tediosa como insoslayable, afirma, en algunas de sus casi quinientas páginas de diminuta y apretada tipografía, lo siguiente: ''Nadie ha poseído jamás, como Yrigoyen el arte de suprimir distancias. En su presencia hasta el más humilde se encuentra cómodo''. Sin embargo, este acortador de distancias no permite que nadie lo tutee, salvo algún remoto amigo de su juventud, salvo su tío Leandro Alem, quien lo llama Hipólito. Fuera de ese estricto círculo aúlico es, para todos, ''el doctor Yrigoyen''.

No es su única paradoja. Este hombre que hizo un culto de la humildad y el ascetismo, acompaña cada una de sus comidas con media botella de champán. Aseguran, quienes lo conocieron, que era su único lujo. La suma de paradojas sobre las que Yrigoyen erige su vida y su liderazgo son interminables. Pero, la más singular, tal vez, la más fascinante, es aquella que liga su avasallante popularidad con la calculada ausencia pública de su figura. De él podría decirse, literalmente, que es uno de los pocos políticos de la historia argentina que brilló por su ausencia. Nada de noches de gala, nada de protocolos fiesteros. Debe, por supuesto, ya que es el presidente de la República, asistir a ciertas representaciones oficiales en el fatal Teatro Colón. Impasible, Yrigoyen suele soportar la primera parte de la obra y apenas se produce el intervalo se marcha. Este desapego por las caremonias es excesivo: por no concurrir al cine, Yrigoyen debe ser uno de los poquísimos hombres en el mundo que no vio un solo film de Chaplin.

Es curioso, también, que en un país de políticos desbocados, diestros en el arte de injuriar, carajear y putear, a Yrigoyen le disgustaban, hasta la exasperación, las malas palabras. Según Ignacio B. Anzoátegui, ese escritor ultramontano, uno de los estilistas más brillantes que ha dado este país, la característica peculiar de Sarmiento (por quien Anzoátegui siente una conflictuada pasión) era la de escribir como pensaba. ''Si pensaba, la puta que los parió –dice Anzoátegui del sanjuanino– escribía la puta que los parió''. Yrigoyen, quien fuera designado por el presidente Sarmiento, en 1870, empleado de la contaduría general, no hubiera compartido ni los énfasis de Sarmiento ni la rendida admiración de Anzoátegui. Jamás empleó palabras fuertes; a lo sumo, cuando alguien lo impacientaba o lograba irritarlo se animaba a decir del fulano que es un ''cachafaz'' o un ''surrapiento''.

Estos términos no son extraños en su estilo coloquial, pese a que ya eran viejos en la época en que los usaba. Es que Yrigoyen también curtía, como se dice ahora, el anacronismo verbal. Se recuerda, aún, su alusión a ciertas ''patéticas miserabilidades'' o aquellas desconcertantes ''simbolizaciones orgánicas''. Terco, se resiste a utilizar el lenguaje de su época. Rosas de quien su tío Leandro Nicéforo Alem fuera uno de sus más empecinados mazorqueros –hasta que murió ahorcado y mendicante junto a su jefe el luctuosamente célebre coronel Ciriaco Cuitiño– también solía introducir en su discurso palabras rarísimas y vetustas. A un traidor, por ejemplo, Yrigoyen lo tilda de ''felón''. Otro sujeto no es un ''taimado'' o un ''astuto'' sino un sorpresivo ''rodaballo'. Para él, los periodistas son ''los corresponsales''.

Del criollaje que conoció como pocos (salvo el Restaurador), conserva ciertos giros como el verbo ''laderear'' cuya traducción sería ''galopearle a uno al costado'' y cierta retórica típicamente paisana como la que esgrime ante un correligionario que lo va a visitar a la Casa de Gobierno a quien le dice: ''Aquí me tiene, mi amigo, detrás del mostrador''. Queriendo significar con esas palabras que estaba allí para servir a los demás.

Esquivarle el bulto a la multitud, se dijo, era uno de las estrategias políticas que más popularidad le redituó. Para seducir a las mujeres eligió exactamente la contraria. Siendo comisario de Balvanera (cuando él murió, el editorial de *La Prensa* se tituló ''Ha muerto el comisario de Balvanera), a los 20 años, se enamoró de Antonia Pavón, una joven hija de un oficial de policía, criada y educada por un familiar de Yrigoyen. Con ella tiene una hija a la que bautizan Elena, quien será su preferida, la que lo acompañará, fiel a muerte, en todas las venturas y desventuras de su vida. No fue lo que se conoce por un esposo fiel; al poco tiempo de su romance con Antonia, Yrigoyen se enamora de Dominga Campos, hija de un estanciero con la cual alumbra unos cuantos hijos que por la situación irregular de los amantes no serán bautizados. Ya sesentón, sigue desgranando su seductora presencia. Acostumbra llamar a las mujeres ''mi hijita'', mientras les pide que lo visiten otra vez y pronto. No deja de intercalar en las charlas con ellas los principios ideales que cree encarnar y materializar, pero, de golpe, frena el discurso proselitista, toma la mano de una españolita que le acaban de presentar y luego de informarle que ama la patria de la niña le dice a ella: ''Tiene usted en sus ojos todos los soles de España''.

Luego de batirse en duelo a sable con Lisandro de la Torre en 1897; de participar en varias revoluciones y en conspiraciones surtidas, Hipólito Yrigoyen llega en 1916 a la presidencia de la Nación, por medio de elecciones tan limpias como las que llevaron al poder, en 1946, a Juan Domingo Perón y, en 1983, a Raúl Alfonsín. Luego del primer período, lo sustituye en el cargo su correligionario Alvear, quien a su vez será relevado, elecciones mediante, por el anciano pero aún macizo Yrigoyen. Apenas dos años duraría en esta segunda presidencia. El encargado de acortar su mandato fue un general providencial, cuyo ejemplo en la historia nacional será más contagioso que el SIDA, llamado José Félix Uriburu. ''Von Pepe'' para los amigos. El resto se sabe. Irá a parar a la isla Martín García, inaugurando a la misma como cárcel para futuros presidentes argentinos y retornará de ella para diluirse, al poco tiempo, en la muerte, rodeado por esa obstinada multitud que lo empinó en la gloria.

Sin embargo, no todo fue tan pulcro como se pretende en la vasta gestión de Hipólito Yrigoyen. Y entre las perlas negras de la misma aún siguen brillando con su tono mortuorio y su gesto irredento: las represiones ejecutadas en el suelo rebelde de la Patagonia de los '20 y en esa ''semana trágica'' que tiene como telón de fondo el silencio sepulcral de los Talleres Vasena.

EL PERONISMO

UN HEREDERO UBICUO Y HUIDIZO

Por Alejandro Horowicz

''Mi único heredero es el pueblo'' reconoció alguna vez Juan Domingo Perón. La fórmula resulta abrumadora, equivale a todo un programa discursivo epigramáticamente sintetizado. ¿Cómo leer *pueblo* hoy? ¿Como una defensa de la democracia representativa (mayoría electoral y punto) o, por el contrario, en el sentido de programa popular y, consecuentemente, como un ataque al gobierno radical? ¿Constituye una especie de *capitis diminutio* de las estructuras políticas tradicionales (pueblo en oposición al sistema de partidos), o una denegación del espacio político de la viuda (pueblo como soporte político del jefe)? ¿Es el intento de alentar la refundación del peronismo sobre otras bases tras la desaparición del general (pueblo como sinónimo de modernización)? ¿O la disolución del peronismo en la cultura política nacional (pueblo como una identidad sin herederos instrumentales)?

¿Y cómo leer heredero?

Una solicitada de página completa publicada el viernes 7 de agosto en *Clarín*, con la firma de un centenar de organizaciones sindicales (los integrantes del grupo de los 15 y la casi totalidad de sus aliados), reiteró su apoyo al ministro de Trabajo del gobierno alfonsinista. El título de la pieza es por demás sugestivo (''Al país lo arreglamos entre todos o no lo arregla nadie''), puesto que evoca la idea central del retorno del general Perón. Releyendo la solicitada queda claro que el ministro sirve (brinda servicios) a ''los trabajadores'' en un gobierno que ''no lleva nuestras escarapelas partidarias pero que ha surgido de la soberanía popular''.

No es preciso forzar las cosas para afirmar: estos sindicalistas leen ''mi único heredero es el pueblo'' en términos de mayoría y minoría electoral. Por eso, aunque el gobierno ''no lleve nuestras escarapelas'' es, *mutatis mutandis*, heredero del general.

El peronismo revolucionario, en cambio, observa la fórmula con mayor carga opositora. Reconoce la común arena de la democracia pero identifica la política económica del gobierno con la de José Alfredo Martínez de Hoz. Y este sesgo programático supone consecuencias políticas nítidas: construir una cupla de fuerzas sociales capaces de derrotar al Austral. Es decir, en tanto ese eje no ligue efectivamente a los destinatarios del proyecto, el general ''no tiene herederos''.

Sin embargo, la izquierda peronista puso fin a su lectura movimientista. El discurso antipartidocrático quedó en manos de la derecha más tradicional, en los segmentos residuales. El otrora hombre fuerte de la provincia de Buenos Aires sostuvo sin empacho en un reciente programa de televisión *(La noticia rebelde)* que atacó y debilitó muchas veces al partido, aunque ''jamás ataqué ni debilité al movimiento''. Para Herminio Iglesias el partido es un ''instrumento electoral'' y el movimiento, una ''herramienta estratégica''.

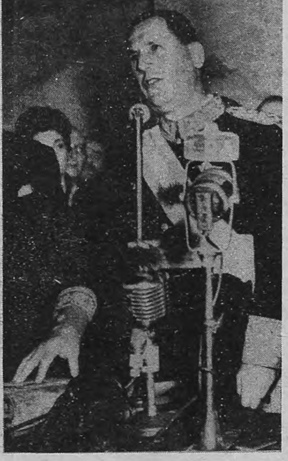
Tras la muerte de Perón la titularidad del Poder Ejecutivo quedó en manos de María Estela Martínez. Por un instante pareció que la presidenta ocupaba toda la escena política. Una ilusión óptica. Verticalistas y antiverticalistas, seguidores incondicionales y críticos más que modestos, arañaron apenas la superficie de la crisis. En realidad las diferencias eran de rango homeopático. El doctor Luder, en algún momento, encabezó tímidamente el antiverticalismo y, una vez que el proceso coronó sus objetivos tras la caída de Isabel, resurgió como una suerte de antiverticalista mudo en un partido en que nadie quería hablar de nada. A tal punto, que Isabel presidió formal y no sólo formalmente el P.J. del que Luder resultó candidato presidencial.

El peronismo de 1983 creyó que podía reconstruirse igual que el de 1955: sobre sus propias vísceras. Fracasó: caleidoscópicamente, estallaron en contradicciones flagrantes los recuerdos antagónicos. El salario obrero y López Rega. La República Parlamentaria y la Triple A. La pesada sindical y un horizonte de transformación social. Perón y la muerte de Perón. Y todo esto fue decodificado sobre la regresiva pantalla del Proceso.

De modo que una posible lectura del heredero quedó clausurada por la práctica política: de ahí en más Isabel sólo disputaría la herencia material del general (la quinta de San Vicente y los reclamos de las hermanas de Evita). Todos los intentos por reubicarla en algún recoveco del ritual peronista fueron desmoronándose insensiblemente. Por eso, si los logros de la renovación debieran medirse en nombres propios, dos banderines proclamarían la victoria: Hermino e Isabel.

La derrota obligó al peronismo a una refundación partidaria. Los ejes del primer peronismo estaban anclados en el movimiento obrero. Después del '55, el segundo se redujo a ser dirección política y sindical del grueso de los trabajadores que a la hora de votar agregaban un segmento de pequeña burguesía urbana y rural que defendía su status en el laberinto social. El peronismo del '73, el tercero, se constituye contra la dirección sindical, y el cuarto, el actual, muestra cómo los sindicalistas perdieron la conducción política.

Lorenzo Miguel es el secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica, cuyos intereses defiende con astucia. Las astucias de la UOM requieren que el resto de los asalariados sean sacrificados al Moloch del Austral alfonsinista. El presidente de la República suma peronistas a su gobierno fracturando la renovación. Entonces, los renovadores sienten cómo Lorenzo oscila entre Alderete y Cafiero, entre el cuarto peronismo y el gobierno, y enloquecen. Los radicales disputan palmo a palmo los restos del cordón industrial de Gran Buenos Aires. Y todo intento de leer ''mi único heredero es el pueblo'' (sin las banderas del *aggiornamento*, sin la crítica del alfonsinismo) en los límites del alfonsinismo, deviene catástrofe electoral, y al leerlo aggionadamente se produce un imperceptible y continuo drenaje electoral. Para los modernos, tal como hoy se interpreta la palabreja, los chicos de la Coordinadora resultan imbatibles.



Los tres primeros peronismos tuvieron banderas históricas precisas: ingreso de los trabajadores a la democracia política, el primero. Luchar contra la usurpación Libertadora, el segundo. Cambiar la hegemonía del bloque de clases dominantes, el tercero. ¿Y el cuarto? El cuarto no logró plasmar destino alguno. Oscila entre el oficialismo y la desesperación. Mientras tanto, el general sonríe sólo como él sabía hacerlo y una frase de otro general, dicha respecto de otro político, resuena: ''Hay que rodear...'', los peronistas tratan de averiguar a quién y en esa búsqueda se deshilachan.

EL CAUDILLO SE AMABA A SI MISMO

Por Dalmiro Sáenz

Hubo tres perones en la historia argentina. Un Perón de la clase alta que fue el general Roca, un Perón del pueblo que fue Perón y un Perón de la clase media que es Alfonsín.

El caudillismo de esos tres hombres acató las leyes de todos los caudillos, que es cincelar y ser cincelado por sus seguidores. Creo que en el caso de Juan Domingo Perón esta ley adquiere ribetes de una grandeza difícil de encontrar en la historia argentina.

Borges dijo una vez hablando del gaucho: ''... nunca engendró caudillos'', y era cierto, nuestro pueblo casi nunca engrendó un Zapata, por ejemplo, o ninguno de esos caudillos gloriosos de Latinoamérica que emergieron descalzos y casi analfabetos de las clases populares. Nuestros caudillos surgen del ejército o de las fortunas personales de una clase social gravitante en ese momento en el país. Tal vez sea una lástima pero es una realidad.

Yo me hice peronista a través de la lectura. Fue en Cuba cuando empecé a leer los libros de Perón. Recuerdo que los leí en orden cronológico y recuerdo el primero: *Tres Revoluciones*, escrito por un joven e irrespetuoso oficial subalterno, inmerso por las circunstancias en el derrocamiento de Yrigoyen pero totalmente consciente de formar parte de la antihistoria y totalmente consciente de que: Ser es ser distinto y totalmente decidido a ser distinto.

Una de las primeras cosas que me impresionaron de los libros de Perón fue su capacidad de amarse a sí mismo. El amor a uno mismo es el principal ingrediente para amar a los demás (por eso es tan difícil coger a una mujer fea) y Perón poseía desde muy joven un visible amor a su persona.

Se lo nota en toda su obra escrita. Un paladeo de sus propios pensamientos campea por todas las páginas de sus libros, pero lo que más impresiona es que ese amor a su propia mente implicaría un amor a la mente del ser humano, un amor a los pensamientos que faltaban en el mundo en ese momento, un amor a esos pensamientos sin pensador que la humanidad genera constantemente y que sólo los grandes humanistas pueden advertir.

Perón fue un humanista. Fue el humanista por excelencia de nuestra historia, pero a ese humanista lo creamos nosotros, lo creó el pueblo argentino, lo forjamos, lo educamos, lo rescatamos de esa peligrosa institución a la que pertenecía y convertimos a un Coronel de la Nación en un General del Pueblo.

Fue obra nuestra, la sabiduría popular lo cinceló. Era un burgués, el más grande de los burgueses, pero era un burqués y el pueblo le llenó las plazas mayos de todo el país como llenó sus pensamientos sin dejarle un resquicio de espacio para pensar en un lenguaje que no fuera el popular. La sabiduría popular conocía a Borges sin leerlo y sabía que sólo de la burguesía en ese momento podía salir un caudillo del pueblo.

El ''aluvión zoológico'' con que el radicalismo bautizó a las masas populares de esa época, a veces no entendía la totalidad de sus palabras, pero conocían su sonido. Sabían que cuando Perón les preguntaba: ''¿quién a visto un dólar?'' les estaba diciendo que era la economía la que tenía que estar al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía. Sabían que mientras se escuchaba la frase ''alpartagas sí, libros no'' Perón estaba acercando las alpargatas a los libros como ningún otro gobernante lo haría. Sabían que cuando se casaba con Eva Duarte, no se estaba casando con una obrera, sino con los sueños de una obrera. El pueblo sabía y sabía que sabía.

¿Y de sus defectos? ¿Qué pasaba con los defectos de Perón?

Así como el hombre que no tenga cierta dosis femenina o la mujer que no tenga cierta dosis masculina no son atractivos, lo mismo pasa con las virtudes y los defectos. Perón ostentaba sus defectos con total impudicia y eso le otorgaba un honesto encanto y aumentaba su poder de seducción.

Perón era consciente de que la seducción se nutre de virtudes y defectos y que cuando dos personas se enamoran es porque ambas se están mirando en el espejo del otro. Perón se miraba en el espejo de su pueblo y el pueblo se miraba en el espejo de Perón. Las virtudes y los defectos de ambos eran evidentes, los espejos no mienten, pero tanto él como su pueblo sabían que el hombre es más lo que quiere ser que lo que es.

Perón fue el político más joven que hemos tenido. Murió de joven.

Sábado 15 de agosto de 1987

EL YRIGOYENISMO

CUCHICHEO, GRIS Y MEDIANIA

Por David Viñas

Oratoria y dandismo son los atributos más visibles de los arquetipos del '80: hacer uso de la palabra como tribuno o *causeur* (según se la monopolizara en el Parlamento o en el club) es la primera señal: para seducir siempre al trazar un círculo donde predomina la sociabilidad o la política y, a la vez, aludiendo al pacto de complicidad, medios tonos, guiños y paréntesis que apelan al entrenos como territorio del sobreentendido y las genealogías. Se trata, si es posible mirar de más cerca, de la escena, gestualidad y coreografía predilectas de Mansilla, Lucio López, el reticente Goyena o Cané. Y de su retórica que, al encabalgarse en digresiones, suspensos y amantes, prejuicios o enfermedades compartidas, suele *cautivar* en reminiscencias tardías del Desierto o, quizás de Curupaití. Esto es, convertir al auditorio restringido en una colección de "cautivos" del manejo de mi cuerpo, el monóculo, alguna cita de un Racine secreto prolijamente escandido o de varios médanos en la otra vertiente del Leubucó.

Ahora bien, si la circularidad "viril" de la *causerie* se celebra en el campo después de una retreta, las alusiones a cierta china sumisa y exigente, o aturdidos por el bandoneón de un negro a medias tartamudo o federal, aquel jadeo se distiende en fogón: allí, del otro lado, están los "aparecidos"; y sobre la propia piel, el miedo fascinante que brota de un grupo entre el peligro o algún pajonal. La *causerie* de los señores del '80 se desliza, así, hacia Sherlock Holmes: en penúltima lectura, las calles de Londres o los guadales de Lauquén, desiertas y entre neblina, producen efectos narrativos más parecidos de lo que se podría suponer. Y con o sin espejos múltiples, de cómo me ven o de cómo quisiera ser mirado, sobreimprimiendo un omelet del *Maxim's* a los avestruces de Catriló, Sara Bernhardt a la lenguaraza Carmen, alguna capa roja y argelina con la glotonería de dormans, nalgas, fusiles de repetición y el arroz con leche, se yuxtaponen el crup, Dickens, las trufas, los ponchos calamacos y Estambul que confluyen, vertiginosamente, en la segunda marcha del '80: la teatralidad.

Nada que ver con todo eso Yrigoyen. De ahí su polarización con lo que llamaba "el Régimen". No sé si con repugnancia, pero sí con obstinación y estrategia. Y aunque no se trataba de una dieta tan categórica y maniquea como la de *civilización o barbarie*, esa opción, arriba y a la derecha, ponía el Bien del lado de su "Causa". Y si alguna inflexión compartida conservaba del '80, era por intermedio de Alem, su tío, que sí exhibía aún requintes, el Progreso (club del), su oratoria que retumbaba en el Parque o Balvanera, y entrañables, confusas amistades hacia Del Valle o Pellegrini, su pistoletazo borró con todo. Es que ni el escepticismo de los *gentlemen* alcanzaba para ironizar sobre la muerte.

Decía, nada que ver con el '80, Yrigoyen. Pese a que su fe de bautismo coincide, casi, con las de Celman, Roca, Wilde –Eduardo– y Paul Groussac. Ni teatralidades de proscenio ni *causerie*, por consiguiente; más bien, todo lo contrario: mesura, casi torpeza o cortedad; ni hablar de divas; de camarines no hay noticia; candilejas, menos; de la Bernhardt ni huellas; y el "Colón" –francamente– aburre o escandaliza. Y ese voluminoso autor, Krausse, que según cierto biógrafo, influyó sobre Yrigoyen, además de asceta y alemán, no era mucho más que un Hegel tercermundista. Quizás un precursor. "Oficio melancólico." Y el *teatro* no le interesaba como espacio de juego o seducción, sino como "sitio de maniobras". Prusiano (más que un origen, una jerarquía), adversario pero prolijo lector de Moltke y de Clausewitz.

A la no teatralidad de pasarela de Yrigoyen corresponde –después de un punto aparte– vincularla con su público. Estrictamente, con su clientela electoral. Ya se ha enunciado: "El estilo es el hombre... al que uno se dirige". O la mujer a la que se quiere fascinar. Mujer/público: él se entiende. De ahí que la austeridad leída en Krausse se superpone en las voces de Yrigoyen con los ademanes de un rechazo; encima de eso que se llamaba "tomar distancias": frente al proscenio, optar por bambalinas; no a los focos, para especializarse en lo difuso y entre cajas; en lugar de alzar la barbilla, el cuchicheo. Y en vez de la caligrafía ágil, insidiosa y casi transparente de los *gentlemen*, el retorcimiento de un fraseo más deliberado o arcaizante que se finge enigmático. "El pueblo es santo y prefiere recursos más piadosos." De manera consiguiente, al amortiguar los efectos –o el "latiguillo"– del típico final de algún discurso distanciarse, como fatigado, del acento inexorable de las esdrújulas. Ante ese lujo tan brillante, mostrarse desabrido. Porque con el sacudón más previsible en las agudas, conviene preferir apenas a las graves. Ahí reside su secreto: con su *gravedad* y su mesura. Pero, en particular, a través de su equidistancia en los acentos: en el medio –asunto mucho más certero– y prolijamente alejado de todos los extremos.

Ecuación posible: si en el canto (otra forma de afectación o de relieve, casi como alzar la voz en la escritura) la crispación de Alem alude a Gabino Ezeiza, no es hacia Gardel la de Yrigoyen: no seduce ni desentona; más bien; en dirección a Magaldi o quizá a Corsini: mano a mano, en confidencia, como quien echa aliento sobre el cristal, después de alzar los flecos de una cortina. "Doméstica sensualidad, pero eficiente." Y si la mayoría de las vehemencias de Almafuerte resultan un eco intimidatorio del patetismo, ciertas convicciones o de los más empecinados fracasos de Alem, al esoterismo de Yrigoyen corresponde vincularlo, mediatamente, con el estilo elusivo o analgésico de Macedonio. Sobre todo, a través de los borroneos melancólicos de alguien que se llamaba Del Mazo, Marcelino, y de elusivas tertulias celebradas entre Alan Kardec, los vegetarianos, Palermo Viejo, y la anarquía. Se trataba, señores, de una cofradía barrial moderadamente comentada entonces: colección de eminencias grises, asesores por edad o ecología, mucho más prudentes que un padrillo o cualquier tenor de Barcelona. Qué bien se entiende, al llegar aquí, que el escenario predilecto y la reivindicación mayor de Yrigoyen fuera el *cuarto oscuro*, ese lugar a medias aula, confesión y mingitorio, tan equívoco en la penumbra entre polvorienta y legalista. Magno "puntero" de país, entonces; maestro de una dinastía aparentemente menor pero muy densa, a lo Nosiglia o el primer Rabanal, en Mataderos. Por algo, Borges, hacia 1929, proclamaba a dos *viejos* memorables: al recién venido y al que, sagazmente aún, cultivaba sus mutismos.



De donde pueden inferirse, también, los colores de Yrigoyen: ni la blancura del palmbeach a lo Cané o Mansilla, ni el negro deshilachado de pésame y los atrios. Sobre su cuerpo todo se atenúa, desde las opiniones al relieve y la entrepierna, pasando por las sanciones, saludos, otro plazo, sus rencores, una exhortación o su vivienda. Obvio: ni Barrio Norte ni el suburbio; en Plaza Constitución, calle Brasil, enfrente a lo de "un fiel correligionario". O ya en la muerte, Sarmiento casi Carabelas. No a la cultura playera, en consecuencia, que para eso estaba Alvear. "Ni a la levita tan fúnebre de Alem."

Gris y grave, entonces. De ahí su parentesco –al abrir el ángulo de toma– con los republicanos españoles como Azaña, Besteiro o Salmerón incluso: o con la *bonhomía*, "tan francesa", de Herriot y los alcaldes de Tolón. Así como el espiritismo de sus lecturas susurradas, módicas, lo superponen –menos trágico– como

EL PERONISMO

UN HEREDERO UBICUO Y HUIDIZO

Por Alejandro Horowicz

"Mi único heredero es el pueblo" reconoció alguna vez Juan Domingo Perón. La fórmula resulta abrumadora, equivale a todo un programa discursivo epigramáticamente sintetizado. ¿Cómo leer *pueblo* hoy? ¿Como una defensa de la democracia representativa (mayoría electoral y punto) o, por el contrario, en el sentido de programa popular y, consecuentemente, como un ataque al gobierno radical? ¿Constituye una especie de *capitis diminutio* de las estructuras políticas tradicionales (pueblo en oposición al sistema de partidos), o una denegación del espacio político de la viuda (pueblo como soporte político del jefe)? ¿Es el intento de alentar la refundación del peronismo sobre otras bases tras la desaparición del general (pueblo como sinónimo de modernización)? ¿O la disolución del peronismo en la cultura política nacional (pueblo como una identidad sin herederos instrumentales)?

¿Y cómo leer heredero?

Una solicitada de página completa publicada el viernes 7 de agosto en *Clarín*, con la firma de un centenar de organizaciones sindicales (los integrantes del grupo de los 15 y la casi totalidad de sus aliados), reiteró su apoyo al ministro de Trabajo del gobierno alfonsinista. El título de la pieza es por demás sugestivo ("Al país lo arreglamos entre todos o no lo arregla nadie"), puesto que evoca la idea central del retorno del general Perón. Releyendo la solicitada queda claro que el ministro sirve (brinda servicios) a "los trabajadores" en un gobierno que "no lleva nuestras escarapelas partidarias pero que ha surgido de la soberanía popular".

No es preciso forzar las cosas para afirmar: estos sindicalistas leen "mi único heredero es el pueblo" en términos de mayoría y minoría electoral. Por eso, aunque el gobierno "no lleve nuestras escarapelas" es, *mutatis mutandis*, heredero del general.

El peronismo revolucionario, en cambio, observa la fórmula con mayor carga opositora. Reconoce la común arena de la democracia pero identifica la política económica del gobierno con la de José Alfredo Martínez de Hoz. Y este sesgo programático supone consecuencias políticas nítidas: construir una cupla de fuerzas sociales capaces de derrotar al Austral. Es decir, en tanto ese eje no ligue efectivamente a los destinatarios del proyecto, el general "no tiene herederos".

Sin embargo, la izquierda peronista puso fin a su lectura movimientista. El discurso antipartidocrático quedó en manos de la derecha más tradicional, en los segmentos residuales. El otrora hombre fuerte de la provincia de Buenos Aires sostuvo sin empacho en un reciente programa de televisión *(La noticia rebelde)* que atacó y debilitó muchas veces al partido, aunque "jamás ataqué ni debilité al movimiento". Para Herminio Iglesias el partido es un "instrumento electoral" y el movimiento, una "herramienta estratégica".

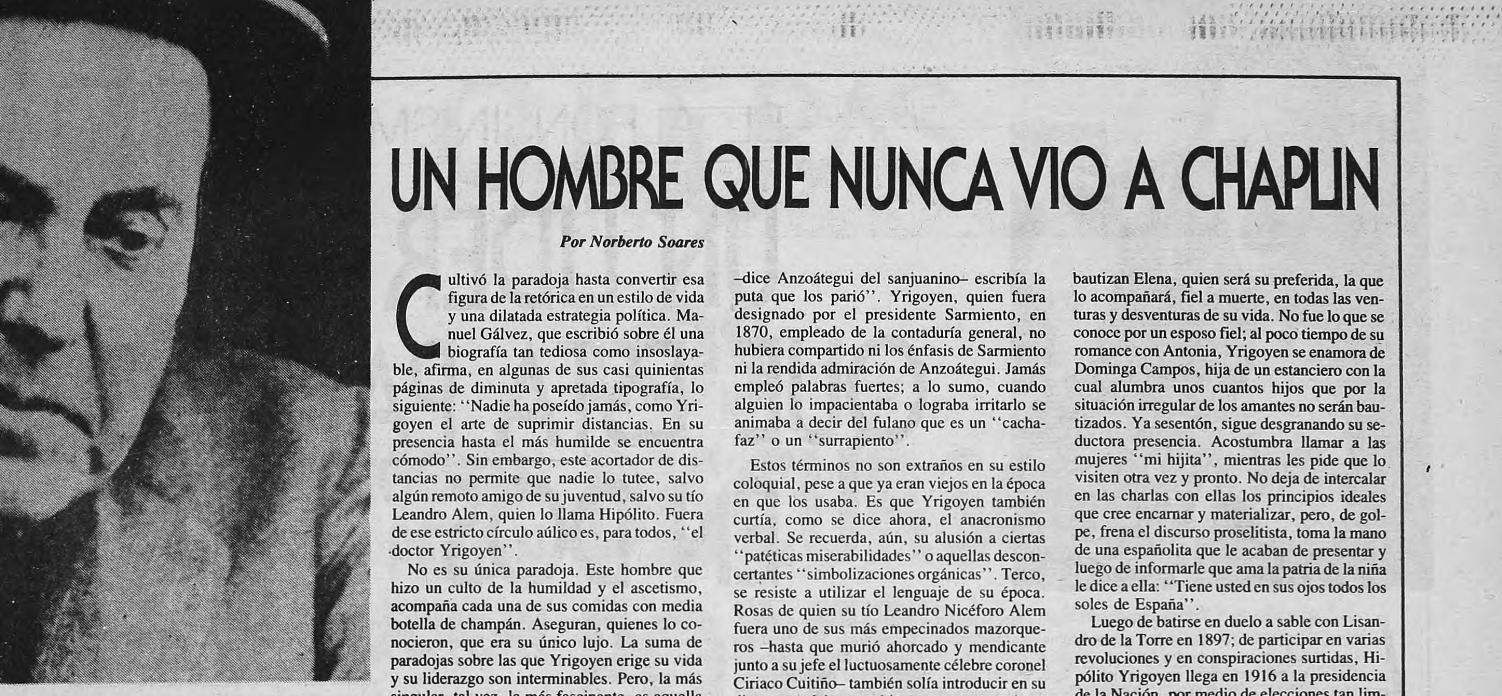
Tras la muerte de Perón la titularidad del Poder Ejecutivo quedó en manos de María Estela Martínez. Por un instante pareció que la presidenta ocupaba toda la escena política. Una ilusión óptica. Verticalistas y antiverticalistas, seguidores incondicionales y críticos más que modestos, arañaron apenas la superficie de la crisis. En realidad las diferencias eran de rango homeopático. El doctor Luder, en algún momento, encabezó tímidamente el antiverticalismo y, una vez que el proceso coronó sus objetivos tras la caída de Isabel, resurgió como una suerte de antiverticalista mudo en un partido en que nadie quería hablar de nada. A tal punto, que Isabel presidió formal y no sólo formalmente el P.J. del que Luder resultó candidato presidencial.

El peronismo de 1983 creyó que podía reconstruirse igual que el de 1955: sobre sus propias vísceras. Fracasó: caleidoscópicamente, estallaron en contradicciones flagrantes los recuerdos antagónicos. El salario obrero y López Rega. La República Parlamentaria y la Triple A. La pesada sindical y un horizonte de transformación social. Perón y la muerte de Perón. Y todo esto fue decodificado sobre la regresiva pantalla del Proceso.

De modo que una posible lectura del heredero quedó clausurada por la práctica política: de ahí en más Isabel sólo disputaría la herencia material del general (la quinta de San Vicente y los reclamos de las hermanas de Evita). Todos los intentos por reubicarla en algún recoveco del ritual peronista fueron desmoronándose insensiblemente. Por eso, si los logros de la renovación debieran medirse en nombres propios, dos banderines proclamarían la victoria: Hermino e Isabel.

La derrota obligó al peronismo a una refundación partidaria. Los ejes del primer peronismo estaban anclados en el movimiento obrero. Después del '55, el segundo se redujo a ser dirección política y sindical del grueso de los trabajadores que a la hora de votar agregaban un segmento de pequeña burguesía urbana y rural que defendía su status en el laberinto social. El peronismo del '73, el tercero, se constituye contra la dirección sindical, y el cuarto, el actual, muestra cómo los sindicalistas perdieron la conducción política.

Lorenzo Miguel es el secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica, cuyos intereses defiende con astucia. Las astucias de la UOM requieren que el resto de los asalariados sean sacrificados al Moloch del Austral alfonsinista. El presidente de la República suma peronistas a su gobierno fracturando la renovación. Entonces, los renovadores sienten cómo Lorenzo oscila entre Alderete y Cafiero, entre el cuarto peronismo y el gobierno, y enloquecen. Los radicales disputan palmo a palmo los restos del cordón industrial de Gran Buenos Aires. Y todo intento de leer "mi único heredero es el pueblo" (sin las banderas del *aggiornamento*, sin la crítica del alfonsinismo) en los límites del alfonsinismo, deviene catástrofe electoral, y al leerlo aggionadamente se produce un imperceptible y continuo drenaje electoral. Para los modernos, tal como hoy se interpreta la palabreja, los chicos de la Coordinadora resultan imbatibles.



Madero el mexicano. Al fin y al cabo, la palabra de Yrigoyen se agota con Illia: pausado, algo terco, ideólogo no, sino obstinado. Lo que se llama "un partidario de la moderación". Es que Illia es la peculiar parodia de Yrigoyen que ejercita, revela con mayor nitidez todo un gestuario y dos maneras: deliberadamente provinciano, al insistir en su apariencia reflexiva prefigura, al mismo tiempo, lo mesurado de sus cautelas y lo inerme de su dignidad y su decoro. Por eso fue el pretexto, treinta años después de Yrigoyen, de varias virtudes anacrónicas y hasta del cinismo de sus adversarios y de su precario destino. Como emblemas, el peludo y la tortuga se definen más que por su espesor, por su *corteza*.

De ahí que los bigotes tan erguidos y filosos de Uriburu no sólo abran la serie que se cierra, por ahora, con la ansiedad engominada de Videla, sino que la mesura y las confidencias de Yrigoyen se hayan convertido en los tonos de una *medianía* fundamental en nuestro país. Como quiso ser la clase media argentina, por lo menos, entre la ley Sáenz Peña y el 6 de setiembre.

UN HOMBRE QUE NUNCA VIO A CHAPLIN

Por Norberto Soares

Cultivó la paradoja hasta convertir esa figura de la retórica en un estilo de vida y una dilatada estrategia política. Manuel Gálvez, que escribió sobre él una biografía tan tediosa como insoslayable, afirma, en algunas de sus casi quinientas páginas de diminuta y apretada tipografía, lo siguiente: "Nadie ha poseído jamás, como Yrigoyen el arte de suprimir distancias. En su presencia hasta el más humilde se encuentra cómodo". Sin embargo, este acortador de distancias no permite que nadie lo tutee, salvo algún remoto amigo de su juventud, salvo su tío Leandro Alem, quien lo llama Hipólito. Fuera de ese estricto círculo áulico es, para todos, "el doctor Yrigoyen".

No es su única paradoja. Este hombre que hizo un culto de la humildad y el ascetismo, acompaña cada una de sus comidas con media botella de champán. Aseguran, quienes lo conocieron, que era su único lujo. La suma de paradojas sobre las que Yrigoyen erige su vida y su liderazgo son interminables. Pero, la más singular, tal vez, la más fascinante, es aquella que liga su avasallante popularidad con la calculada ausencia pública de su figura. De él podría decirse, literalmente, que es uno de los pocos políticos de la historia argentina que brilló por su ausencia. Nada de noches de gala, nada de protocolos fiesteros. Debe, por supuesto, ya que es el presidente de la República, asistir a ciertas representaciones oficiales en el fatal Teatro Colón. Impasible, Yrigoyen suele soportar la primera parte de la obra y apenas se produce el intervalo se marcha. Este desapego por las caremonias es excesivo: por no concurrir al cine, Yrigoyen debe ser uno de los poquísimos hombres en el mundo que no vio un solo film de Chaplin.

Es curioso, también, que en un país de políticos desbocados, diestros en el arte de injuriar, carajear y putear, a Yrigoyen le disgustaban, hasta la exasperación, las malas palabras. Según Ignacio B. Anzoátegui, ese escritor ultramontano, uno de los estilistas más brillantes que ha dado este país, la característica peculiar de Sarmiento (por quien Anzoátegui siente una conflictuada pasión) era la de escribir como pensaba. "Si pensaba, la puta que los parió –dice Anzoátegui del sanjuanino– escribía la puta que los parió". Yrigoyen, quien fuera designado por el presidente Sarmiento, en 1870, empleado de la contaduría general, no hubiera compartido ni los énfasis de Sarmiento ni la rendida admiración de Anzoátegui. Jamás empleó palabras fuertes; a lo sumo, cuando alguien lo impacientaba o lograba irritarlo se animaba a decir del fulano que es un "cachafaz" o un "surrapiento".

Estos términos no son extraños en su estilo coloquial, pese a que ya eran viejos en la época en que los usaba. Es que Yrigoyen también curtía, como se dice ahora, el anacronismo verbal. Se recuerda, aún, su alusión a ciertas "patéticas miserabilidades" o aquellas desconcertantes "simbolizaciones orgánicas". Terco, se resiste a utilizar el lenguaje de su época. Rosas de quien su tío Leandro Nicéforo Alem fuera uno de sus más empecinados mazorqueros –hasta que murió ahorcado y mendicante junto a su jefe el luctuosamente célebre coronel Ciriaco Cuitiño– también solía introducir en su discurso palabras rarísimas y vetustas. A un traidor, por ejemplo, Yrigoyen lo tilda de "felón". Otro sujeto no es un "taimado" o un "astuto" sino un sorpresivo "rodaballo'. Para él, los periodistas son "los corrresponsales".

Del criollaje que conoció como pocos (salvo el Restaurador), conserva ciertos giros como el verbo "laderear" cuya traducción sería "galopearle a uno al costado" y cierta retórica típicamente paisana como la que esgrime ante un correligionario que lo va a visitar a la Casa de Gobierno a quien le dice: "Aquí me tiene, mi amigo, detrás del mostrador". Queriendo significar con esas palabras que estaba allí para servir a los demás.

Esquivarle el bulto a la multitud, se dijo, era uno de las estrategias políticas que más popularidad le redituó. Para seducir a las mujeres eligió exactamente la contraria. Siendo comisario de Balvanera (cuando él murió, el editorial de *La Prensa* se tituló "Ha muerto el comisario de Balvanera), a los 20 años, se enamoró de Antonia Pavón, una joven hija de un oficial de policía, criada y educada por un familiar de Yrigoyen. Con ella tiene una hija a la que bautizan Elena, quien será su preferida, la que lo acompañará, fiel a muerte, en todas las venturas y desventuras de su vida. No fue lo que se conoce por un esposo fiel; al poco tiempo de su romance con Antonia, Yrigoyen se enamora de Dominga Campos, hija de un estanciero con la cual alumbra unos cuantos hijos que por la situación irregular de los amantes no serán bautizados. Ya sesentón, sigue desgranando su seductora presencia. Acostumbra llamar a las mujeres "mi hijita", mientras les pide que lo visiten otra vez y pronto. No deja de intercalar en las charlas con ellas los principios ideales que cree encarnar y materializar, pero, de golpe, frena el discurso proselitista, toma la mano de una españolita que le acaban de presentar y luego de informarle que ama la patria de la niña le dice a ella: "Tiene usted en sus ojos todos los soles de España".

Luego de batirse en duelo a sable con Lisandro de la Torre en 1897; de participar en varias revoluciones y en conspiraciones surtidas, Hipólito Yrigoyen llega en 1916 a la presidencia de la Nación, por medio de elecciones tan limpias como las que llevaron al poder, en 1946, a Juan Domingo Perón y, en 1983, a Raúl Alfonsín. Luego del primer período, lo sustituye en el cargo su correligionario Alvear, quien a su vez será relevado, elecciones mediante, por el anciano pero aún macizo Yrigoyen. Apenas dos años duraría en esta segunda presidencia. El encargado de acortar su mandato fue un general providencial, cuyo ejemplo en la historia nacional será más contagioso que el SIDA, llamado José Félix Uriburu. "Von Pepe" para los amigos. El resto se sabe. Irá a parar a la isla Martín García, inaugurando a la misma como cárcel para futuros presidentes argentinos y retornará de ella para diluirse, al poco tiempo, en la muerte, rodeado por esa obstinada multitud que lo empinó en la gloria.

Sin embargo, no todo fue tan pulcro como se pretende en la vasta gestión de Hipólito Yrigoyen. Y entre las perlas negras de la misma aún siguen brillando con su tono mortuorio y su gesto irredento: las represiones ejecutadas en el suelo rebelde de la Patagonia de los '20 y en esa "semana trágica" que tiene como telón de fondo el silencio sepulcral de los Talleres Vasena.



EL CAUDILLO SE AMABA A SI MISMO

Por Dalmiro Sáenz

Hubo tres perones en la historia argentina. Un Perón de la clase alta que fue el general Roca, un Perón del pueblo que fue Perón y un Perón de la clase media que es Alfonsín.

El caudillismo de esos tres hombres acató las leyes de todos los caudillos, que es cincelar y ser cincelado por sus seguidores. Creo que en el caso de Juan Domingo Perón esta ley adquiere ribetes de una grandeza difícil de encontrar en la historia argentina.

Borges dijo una vez hablando del gaucho: "... nunca engendró caudillos", y era cierto, nuestro pueblo casi nunca engrendó un Zapata, por ejemplo, o ninguno de esos caudillos gloriosos de Latinoamérica que emergieron descalzos y casi analfabetos de las clases populares. Nuestros caudillos surgen del ejército o de las fortunas personales de una clase social gravitante en ese momento en el país. Tal vez sea una lástima pero es una realidad.

Yo me hice peronista a través de la lectura. Fue en Cuba cuando empecé a leer los libros de Perón. Recuerdo que los leí en orden cronológico y recuerdo el primero: *Tres Revoluciones*, escrito por un joven e irrespetuoso oficial subalterno, inmerso por las circunstancias en el derrocamiento de Yrigoyen pero totalmente consciente de formar parte de la antihistoria y totalmente consciente de que: Ser es ser distinto y totalmente decidido a ser distinto.

Los tres primeros peronismos tuvieron banderas históricas precisas: ingreso de los trabajadores a la democracia política, el primero. Luchar contra la usurpación Libertadora, el segundo. Cambiar la hegemonía del bloque de clases dominantes, el tercero. ¿Y el cuarto? El cuarto no logró plasmar destino alguno. Oscila entre el oficialismo y la desesperación. Mientras tanto, el general sonríe sólo como él sabía hacerlo y una frase de otro general, dicha respecto de otro político, resuena: "Hay que rodear...", los peronistas tratan de averiguar a quién y en esa búsqueda se deshilachan.

Una de las primeras cosas que me impresionaron de los libros de Perón fue su capacidad de amarse a sí mismo. El amor a uno mismo es el principal ingrediente para amar a los demás (por eso es tan difícil coger a una mujer fea) y Perón poseía desde muy joven un visible amor a su persona.

Se lo nota en toda su obra escrita. Un paladeo de sus propios pensamientos campea por todas las páginas de sus libros, pero lo que más impresiona es que ese amor a su propia mente implicaría un amor a la mente del ser humano, un amor a los pensamientos que faltaban en el mundo en ese momento, un amor a esos pensamientos sin pensador que la humanidad genera constantemente y que sólo los grandes humanistas pueden advertir.

Perón fue un humanista. Fue el humanista por excelencia de nuestra historia, pero a ese humanista lo creamos nosotros, lo creó el pueblo argentino, lo forjamos, lo educamos, lo rescatamos de esa peligrosa institución a la que pertenecía y convertimos a un Coronel de la Nación en un General del Pueblo.

Fue obra nuestra, la sabiduría popular lo cinceló. Era un burgués, el más grande de los burgueses, pero era un burgués y el pueblo le llenó las plazas mayos de todo el país como llenó sus pensamientos sin dejarle un resquicio de espacio para pensar en un lenguaje que no fuera el popular. La sabiduría popular conocía a Borges sin leerlo y sabía que sólo de la burguesía en ese momento podía salir un caudillo del pueblo.

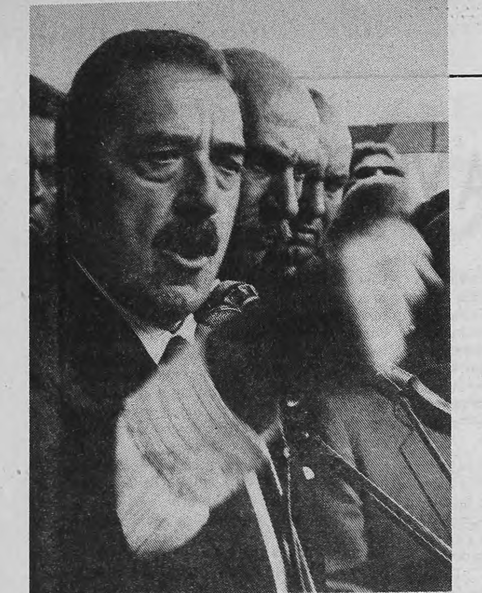
El "aluvión zoológico" con que el radicalismo bautizó a las masas populares de esa época, a veces no entendía la totalidad de sus palabras, pero conocían su sonido. Sabían que cuando Perón les preguntaba: "¿quién a visto un dólar?" les estaba diciendo que era la economía la que tenía que estar al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía. Sabían que mientras se escuchaba la frase "alpartagas sí, libros no" Perón estaba acercando las alpargatas a los libros como ningún otro gobernante lo haría. Sabían que cuando se casaba con Eva Duarte, no se estaba casando con una obrera, sino con los sueños de una obrera. El pueblo sabía y sabía que sabía.

¿Y de sus defectos? ¿Qué pasaba con los defectos de Perón?

Así como el hombre que no tenga cierta dosis femenina o la mujer que no tenga cierta dosis masculina no son atractivos, lo mismo pasa con las virtudes y los defectos. Perón ostentaba sus defectos con total impudicia y eso le otorgaba un honesto encanto y aumentaba su poder de seducción.

Perón era consciente de que la seducción se nutre de virtudes y defectos y que cuando dos personas se enamoran es porque ambas se están mirando en el espejo del otro. Perón se miraba en el espejo de su pueblo y el pueblo se miraba en el espejo de Perón. Las virtudes y los defectos de ambos eran evidentes, los espejos no mienten, pero tanto él como su pueblo sabían que el hombre es más lo que quiere ser que lo que es.

Perón fue el político más joven que hemos tenido. Murió de joven.



EL ALFONSINISMO

UN LIDER QUE ESTA PARTIDO EN DOS

La emergencia de la figura de Alfonsín como líder político central en la Argentina actual, no es un hecho fortuito. Cada líder político, aquí o en cualquier otro país del mundo, lo es en la medida en que sabe detectar ciertas tendencias profundas de la sociedad y la nación de su época y es capaz de traducirlas en un discurso político que encuadre esas demandas y exigencias. ¿Qué sucede en el caso de Alfonsín? La respuesta sería la siguiente: Alfonsín expresó una época en la cual una dictadura militar terrorista de derecha acorraló a toda la sociedad. No sólo la acorraló; además, colocó al país en una situación gravísima, conocida por todos, donde fueron decisivos la política de Martínez de Hoz y su gigantesco endeudamiento; un genocidio que se transformó en un fantasma para toda la sociedad y una operación militar aventurera en las Malvinas que dejó a la Argentina en una situación geopolítica extremadamente difícil.

La sociedad necesitaba salir de esa encerrona y la única alternativa posible era hacerlo a través de un liderazgo político que expresara, centralmente, tres aspectos. Uno, era el problema de reponer la democracia política en la Argentina, con su tejido social destruido; otro, era el tema de restablecer valores morales que habían sido arrasados por la dictadura y, en tercer lugar, restablecer el equilibrio entre la Argentina y el mundo occidental que había sido quebrado por la guerra de las Malvinas. Frente a todo esto, Alfonsín genera un discurso que es el de la democracia sobre el autoritarismo, de la vida sobre la muerte y el de las reparaciones de una sociedad cruelmente castigada. Su liderazgo se ejerce a través de la Unión Cívica Radical que, en definitiva, es el partido popular que mejor ha sabido identificarse con los postulados básicos de la sociedad en esta etapa. En el interior de ese partido, Alfonsín es el más apto para captar esa necesidad dentro de la Argentina y esto le permite vencer rápidamente a los contendientes de su mismo partido, quienes aparecen, en general, como adscriptos a componendas históricas con el autoritarismo. Es decir, Alfonsín marca una renovación dentro del radicalismo. No es sólo eso: yo pienso que él avanza aún más y que consolida su discurso renovador cuando introduce algunas categorías en el análisis de la sociedad argentina que también dan en el clavo. Alfonsín es el primer político argentino capaz de decir que el país está en decadencia desde 1930. Yo pienso que esta es una formulación teórica esencialmente correcta. ¿Por qué? Porque la decadencia de una sociedad hay que medirla en términos del agotamiento de un modelo. El nuestro, el fundador, el del '80, se agotó en 1930 y en ese instante la Argentina debió haber pasado del modelo agroexportador a uno de economía agrícola industrial integrado, digamos el australiano o el neocelandés.

Frente al discurso global de Alfonsín, que engloba temas como el de una ética de la solidaridad, la paz en Malvinas y el Beagle, que exhorta a salir de la decadencia y entrar en la modernidad, los otros discursos que se le oponen no podían competir. Hay un discurso del peronismo que amagaba con volver hacia atras, al modelo de sustitución de importaciones, de nacionalizaciones, sin tener en cuenta los desbarajustes políticos del '73 y el '74, la muerte de Perón. El modelo de la derecha liberal era un modelo asociado a la dictadura y al régimen militar. Y el tercero, difuso, venía de una izquierda dogmática y primitiva que plantea un modelo revolucionario tipo China o Unión Soviética para una sociedad que, como la Argentina, tiene un desarrollo capitalista medio y una estructura de clase plural.

A los factores internos que forman parte del discurso triunfante de Alfonsín, hay que agregarles los externos. Grandes grupos de poder en el mundo comienzan a ver en él un liderazgo capaz de garantizar la transición democrática y la estabilidad política. Ciertos grupos norteamericanos y países de la comunidad europea apuestan por Alfonsín; la Unión Soviética muestra buena disposición hacia él. En rigor, recibe poderosos apoyos morales más que materiales y políticos, obviamente, que incidieron en la interna en la medida que el liderazgo de Alfonsín garantizaba una reinserción de la Argentina en el mundo. Esto explica el fenómeno de ese liderazgo. Sería interesante ver cómo ha evolucionado ese liderazgo a partir de su triunfo. Porque habiendo logrado un éxito aplastante electoral en el '83, en condiciones en las que parecía impensable la derrota del peronismo, el radicalismo tiene que gobernar y en este terreno comienza a verse más claramente la capacidad real que tiene Alfonsín, mientras se inicia un camino en el cual debe combinar su conocimiento político con experiencias nuevas, en algunas de las cuales gana, en tanto que en otras debe pagar un costo político bastante alto. Pero este es otro tema.

Personalmente, pienso que es muy bueno que el liderazgo le haya tocado a Alfonsín porque la sociedad argentina necesita muchos años de democracia para discutir en profundidad cómo salir de la decadencia. Y creo que salir de la decadencia para entrar en la historia es un proceso colectivo popular de difusión de ideas, de proyectos, pasar de una economía desarticulada a una mixta, integrada. Ese proceso requiere, también, una integración vertical y problemas que se van a plantear dentro de la década y que deberán ser discutidos por la sociedad. En todo esto, Alfonsín jugará el papel de un líder escindido: de una parte de ese proceso será protagonista; la otra la va a dejar como propuesta, como discurso. Estoy convencido de que va a realizar la democracia política, a restablecer el juego democrático dentro de los sindicatos y a elaborar una interesante reforma constitucional. Pienso que el legado de Alfonsín a la Argentina va a ser el de un ámbito sociopolítico donde peronistas, radicales, gente del Partido Intransigente, independientes, amplios sectores del mundo católico y otras fuerzas empezarán a discutir cómo se construye una Nación que desde 1930 está frenada en su evolución económica. (Texto realizado en base a un diálogo sostenido entre **Página/12** y Julio Godio).

ALFONSIN EN LA SAGA DE LOS ANCHORENA

Por Miguel Briante

Ese verano de 1974, el otoño se adelantó de golpe en la provincia de Buenos Aires, o por lo menos en los partidos de General Belgrano y Chascomús, que se tocan en *La Rinconada del toro,* una de las abruptas vueltas del río Salado del Sur. Ese domingo en su estancia *La Corona,* Manuel Anchorena –que en 1972 se había declarado bruscamente peronista, delegado, político– aconsejaba a sus peones ponerse la corralera de abrigo, antes de formarse, en evocación de *La Guardia del Monte,* con apero de lujo, frente a la capilla donde asistiría a la misa habitual. Raúl Alfonsín, a unas leguas, en el centro de General Belgrano, entraba, de poncho y traje, a visitar a unos de los pocos intendentes que había logrado entronizar el Movimiento de Renovación y Cambio, derrotado por el afantasmado, histórico Ricardo Balbín, en las internas radicales de 1972. Dos, tres horas después, mientras Anchorena, sin sacarse la rastra, recibía a algunos oscuros politiqueros locales en su escritorio de la estancia, cuyo extenso piso es de tabas trabadas –otras vez la patria, en el suelo–, Alfonsín, repetido por los espejos ingleses del hotel Lombardo, hablaba a los postres de un almuerzo que había reunido a unos cien civiles: chacareros, cerealistas de buen pasar, profesionales, escribanos, jóvenes de la primera generación que podía irse a estudiar a la Universidad de La Plata; en fin: civiles unidos por la carencia de pasado aristocrático. Frente a esos descendientes de gringos que le hablaban de sus propios ancestros, Alfonsín fue gradual. Primero, de entrecasa: "Vine a saluar al amigo *Mino*", dijo marcando por su apodo al intendente. Después, conocedor y enérgico: enumeró los problemas de la cuenca del Salado, de los productores, de la provincia. Al final, filosófico: citó de memoria frases de Jean Paul Sartre y de Albert Camus para marcar la necesidad del hombre de ser libre, mentó al ignoto Franz Kafka. Ninguno de esos hombres había leído, ni leería, nunca, a esos autores. Pero en la serena energía de su discurso, punteado por esa aspiración que hace de las eses casi jotas –seña de campo, de llanura, distintivo que junta a patrones y peones en el festival anual de la Sociedad Rural Argentina–, y en su ademán campechano, sencillo, se habían visto ellos mismos, pero *viajados y leídos.* A las fuerzas vivas del pueblo, les había llegado el doctor.

A unas leguas, en *La Corona,* un doctor ya anacrónico, Manuel Anchorena, comprometía a ciertos peronistas locales su nombre y el voto de los de a caballo, los gauchos, sin pensar que no lejos, más cerca de Monte, el antiguo feudo de su adorado Rosas, *Los Cerrillos,* convertida en tambo gigante por los Bemberg, los peones atravesaban el barro y apartaban vacas montados en triciclos de ruedas patonas, la pasión de los toros estaba guardada en frasquitos, a baja temperatura, y "La Rosilla" y "la Negra" eran números en una computadora. De eso, justamente, pero en el pueblo, había hablado Alfonsín.

Estas secuencias paralelas pudieron no haber pasado el mismo domingo, pero son fundamentalmente ciertas. No es en la dimensión de los protagonistas sino en los símbolos que encierran, donde se toca la realidad. A don Manuel Anchorena le gusta formar a los gauchos, como añorando un ejército. Alfonsín también conoce las formaciones. Nieto de un almacenero de ramos generales venido de España y afincado en Chascomús, argentino de segunda generación, Alfonsín hace la escuela secundaria en el Liceo Militar General San Martín. "Quizá –dijo una vez el Presidente– pesó en mi madre el hecho de que mi padre estudió en El Salvador, y mis tíos, uno en el San José, otros en el Euskal Echea, y después no fueron mucho a misa. Estuvo acertada mi madre al mandarme al Liceo Militar, porque yo después no fui mucho a los cuarteles." Un tema a retomar.

Al mínimo Anchorena y al triunfante Alfonsín les tocó vivir un estupor común, en una provincia común: el advenimiento del peronismo. En la niñez de los dos, pasó la Década Infame. Radicales de alma, los Alfonsín habían luchado siempre contra el fraude. Alfonsín se afilió al radicalismo justo en 1945. Anchorena, no. A don Manuel, su escasa vocación por los avatares de la patria le fue recordada en 1972, cuando se proclamó delegado por el peronismo de la zona. Fue y se lo dijo a don Rufino Mena, un gaucho viejo que había sido capataz de *La Corona* y amigo de su padre, y ahora vivía trenzando tientos, en el pueblo. Don Rufino Mena lo echó: "Váyase de acá –le dijo–. Usted nunca fue peronista. Su padre era radical. Ahí en la estancia, el único peronista era yo. Cuando venían las inspecciones, en el peronismo, su padre les decía: hablen con mi capataz, que es peronista. Y yo me lo tenía que pasar borrando las cosas que usté, de mocoso, escribía contra Perón en las paredes". En sus memorias orales don Rufino sabía explicar que, hasta la llegada de Perón, él había votado para los patrones. "Porque entre radicales y conservadores se cambiaban concejales en los distintos cuarteles, así que decían hoy votás en Pila por los conservadores, y después en otro lado por los radicales. Cuando escuché a Perón, empecé a votar para mí." Lo que Mena escuchó fue, sobre todo, la voz que anticipaba el *Estatuto del peón de campo,* el 15 de octubre de 1944, cuando el coronel Perón estaba al frente de la Secretaría de Trabajo, y habló en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Alfonsín también lo escuchó: "Con viva emoción he llegado a este progresista pueblo de mi provincia, cuyo historial refleja una lucha fervorosa y continua en su marcha constante para lograr el bien común..." Todavía lo escucha, seguro, cuando habla, cada vez más seguido, a toda la República, desde los más inesperados pueblos de provincia, teniendo como espejo a esa gente para quienes conserva su tono bonaerense.

"Cuando el general Perón llamaba a concretar el pacto social catalogaba como demagogos baratos y enemigos de la Nación a quienes conspiraban contra el esfuerzo del pueblo y pensaban desatar la inflación nada más que en nombre de aumentos nominales", citó el 17 de enero de 1986, desde Río Negro, cuando fustigó de paso a la izquierda con un eco notorio del general en Plaza de Mayo, de criollo enojado: "Entonces, que no vengan a macular ese prestigio desde adentro. ¿Qué se han pensado? ¿Qué se han creído? Con un esfuerzo bárbaro hemos..."

Alfonsín, ahora en la cumbre del poder, vuelve a pelear su provincia a través de un hombre proveniente del cordón industrial, un hombre del suburbio de Buenos Aires. Esos suburbios que le achacaron siempre a Perón. Mientras tanto, el decir del hombre de Chascomús se aporteñiza: le dice "gordito" a un gordito, dice "mantequita" cuando quiere decir "cagón".

El doctor Manuel Anchorena ha salido a pelear, ahora, la gobernación de la provincia de Buenos Aires, de a caballo. El taita Herminio lo cuida en la de a pie. Por supuesto, ni comparar los tamaños. Don Manuel, pobre, amaga: "Ponga un gaucho en la gobernación".

Cosas de la historia. y de Semana Santa. Ahora a Alfonsín, algunos le dicen Anchorena. "Porque es hijo de rico", agregan al sonreír.